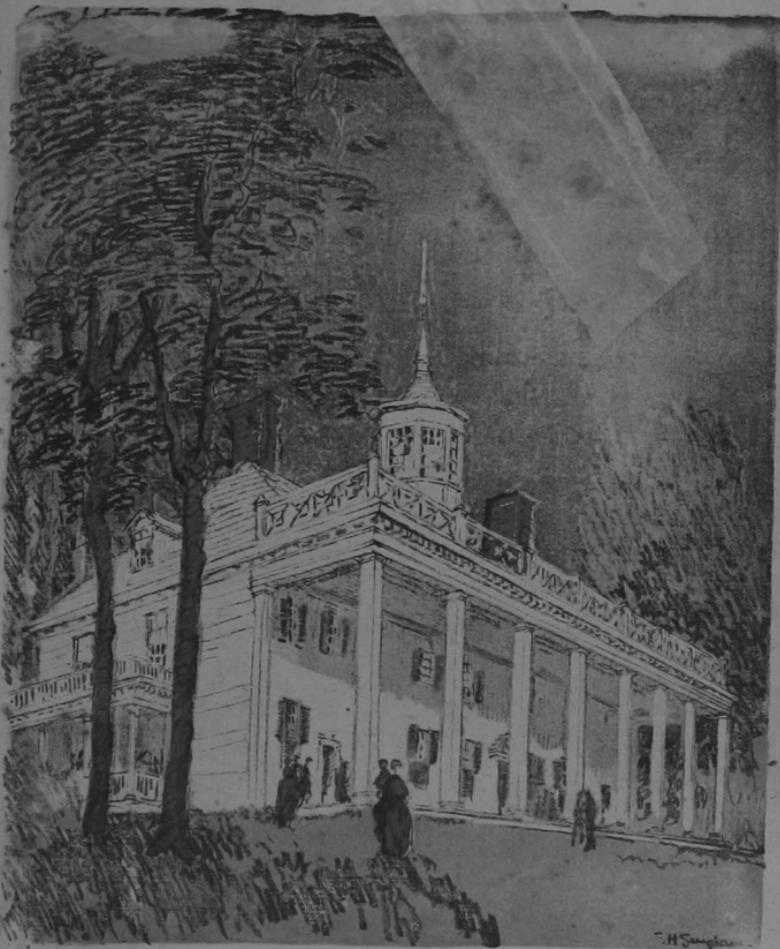


Suplemento Fotográfico
DE
LA TRIBUNA
DIARIO DE LA MAÑANA
SAN JOSE, COSTA RICA



UN CRIMEN MISTERIOSO

por JUAN DAX

HAY crímenes perfectos. Delitos que quedan para siempre impunes, y otros cuyos autores solo son descubiertos por algún detalle insignificante, que escapa a la atención del detective más sagaz.

Hace exactamente veinte años, ocurrió en Río de Janeiro un drama,

que por varios motivos tuvo un interés excepcional tanto bajo el punto de vista psicológico, como bajo el punto de vista criminal. El crimen, para ser breve, ocurrió en la Legación de Rusia. Dió lugar, como es de suponerse, a incontable intercambio de correspondencia diplomática y

reclamos, obscureciendo los detalles verdaderamente excepcionales del delito, consistentes en la sorprendente preparación y astucia de la mente que preparara el hecho. El descubrimiento del culpable se debió a un detalle nimio que sólo ocurre a veces

en la fértil imaginación de los autores de novelas policíacas.

La Legación de Rusia en Río ocupaba un edificio de aspecto colonial, pintado de blanco, en medio de un vasto parque dominando la famosa bahía. El piso bajo estaba dedicado a las oficinas. Lo forma-



ban un amplio salón, y una habitación donde se hallaban los archivos, confinados en vitelinas estantes de madera. El personal de la Legación se componía del ministro, barón Nicola Utapoff, del secretario, barón Redakinski y de un amanuense llamado Sergio Torref, ejerciendo las funciones de portero y mensajero, un brasileño llamado Fernando Noronha.

En 1907 la pacífica vida de la Legación, cuyas tareas consistían casi solamente en recibir cortesías, y correponderlas, comenzó a verse alterada de manera insidiosa, por un incidente que había de tener graves consecuencias. Los marinos de un barco ruso vinieron en conflicto en un puerto con unos nativos, haciendo el capitán un llamamiento a la Legación en demanda de protección diplomática. El reclamo fué investigado con la encandorada lentitud de los asuntos diplomáticos, sin obtenerse para el mismo, pero al año siguiente, los miembros de la Legación de Rusia comenzaron a recibir amenazantes epístolas anónimas, en las cuales se acusaba a los distinguidos representantes del Zar de haber obrado festinadamente en el asunto, motivando el arresto de unos cuantos campesinos inocentes de toda culpa. Las misivas provenientes al Barón Utapoff de la conveniencia de abandonar el país, aumentaron igualmente a los demás miembros de la Legación.

Poco después, llegó otro mensaje dirigido directamente al Ministro, quien lo entregó a las autoridades brasileñas. Estas se esforzaron en vano por solucionar el enigma de la identidad del misterioso correspondiente. El barón Utapoff, y su secretario, dieron escasa importancia a las amenazas, pero Torref de espíritu tímido y apocado, se impresionó de una manera intensa, que su ansiedad fué aumentado, hasta expresar el convencimiento de que sus días estaban contados viviendo en un estado de perpetua zozobra, convencido de que un grupo de fascinerosos lo vigilaban, dispuestos a asesinarlo en la primera oportunidad.

Torref contaba a la sazón cuarenta y dos años, habiendo vivido largo tiempo en América, donde contrajo matrimonio con una dama brasileña, hija de un acaudalado comerciante retirado, y para entretener sus ocios, obtuvo un puesto en la Legación de su país. Pocos meses después del recibo de las misivas anónimas, se quejó Torref una mañana de que, la noche anterior, lo habían perseguido por las calles de Rio tres individuos sospechosos, insistiendo desde entonces en el misterio, que no volvíase a salir sin estar armado de un revolver, lo cual pareció disgustar a Torref, que tenía un horror incurable a las armas.

Simultáneamente, Torref pareció sufrir de un acceso inusitado de afecto conyugal. A fines de Octubre de 1910, escribió una carta a su amigo más íntimo, la cual iba dirigida al Ministro de Rusia, solicitándole que debía entregarla después de su muerte, la cual era a su parecer inminente. Daba en ella las gracias a su superior por las numerosas atenciones tenidas con él, incluyendo otro mensaje dirigido al Presidente del Brasil.

En esta carta, publicaba el infeliz Torref, que no se culpaba a nadie de su mala suerte, pues deseaba evitar toda rozamiento entre Rusia y el Brasil, expresando el convencimiento de que quienes lo mataran, se hallaban impulsados por un extraviado sentido de patriotismo, pidiendo solamente que se prestara ayuda a su viuda.

En la mañana del miércoles 6 de Septiembre, a las once y cuarto llegaron a las oficinas de la Legación el Ministro y el Secretario, encontrando a Torref en su escritorio como de costumbre. El portero de la Legación, Fernando Noronha había estado media hora antes, en la residencia privada del barón Utapoff, de donde había partido poco después, para la oficina, y no fué poca la sorpresa del Ministro al oír de labios de Torref que Noronha no había estado en su puesto en toda la mañana. A la una, partieron el barón Utapoff y su secretario, dejando en el sitio a Torref. Media hora más tarde, vieron unos transeúntes unas espirales de humo que escapaban de las ventanas de la Legación. Cuando llegaron los bomberos, el edificio de madera se había consumido casi en su totalidad. El ministro recibió la mala noticia a las cuatro de la tarde, y al llegar, encontró en el sitio un montón de ruinas.

El barón Utapoff se preocupó por la suerte de Torref, sabiendo que este padecía de validos, y sus temores parecieron verse confirmados al descubrirse esa noche, bajo las ruinas del aposento conteniendo los archivos de la Legación, un cuerpo carbonizado. Cerca del cadáver, yacía la cigarrera de Torref, su reloj de plata y sus gafas.

En vista de las amenazantes misivas recibidas antes de la tragedia y del hecho que Noronha había desaparecido, solicitó el barón Utapoff una investigación judicial y la autopsia del cadáver.

Se encontró en el anular del difunto el anillo de diamantes de Torref y su argolla de matrimonio, llevando las iniciales de su esposa y la fecha de su enlace. En las ruinas del edificio fueron descubriéndose vestigios comprometedores, fragmentos de roca, un pañuelo tintado en sangre, una daga que se había usado para abrir la correspondencia, y un mazo.

Los resultados de la autopsia no fueron satisfactorios. El cirujano legal declaró que el estado del cuerpo imposibilitaba diagnosticar la causa del fallecimiento. El origen del fuego parecía obvio, sabiéndose que Torref tenía la costumbre de quemar cada mañana todos los documentos inútiles, y pareció lógico que comenzara así el incendio, al caer Torref anonadado por el golpe recibido por una estantería, al desquebrarse el humeral, y caer encima.

El día siguiente, recibió el Ministro una nueva carta, escrita por la misma mano que las anteriores, y depositada en el correo la misma mañana de la tragedia. Se hablaba en ella de lo ocurrido, indicando que debía servir de aviso a la Legación para no seguir dañando a los campesinos ofendidos.

A fin de calmar los rumores públicos, que opinaban por un asesinato, el ministro solicitó una nueva autopsia, la cual se hizo nueva la vez en el asunto. Faltaba un pedazo de la tibia izquierdo, que de ocho centímetros de largo, el cual había sido evidentemente quemado con cuidado. El hueso del codo izquierdo también faltaba. La piel y la carne del cráneo habían sido completamente destruidos y las coronas y rellenos de los dientes de los colmillos de la mandíbula superior, tanto como los de la parte izquierda de la mandíbula inferior, faltaban. El resto de la dentadura estaba en perfecto estado, salvo una pequeña picadura en la muela derecha.

Había además una herida ovalada en el pecho, y saltaba a la vista a que el difunto había perecido violentamente. Siendo la autopsia de carácter privado, solicitó el ministro una nueva intervención de la justicia, y para evitar toda apariencia de perjuicio, se formó un nuevo tribunal médico, que efectuó una tercera autopsia.

Su diagnóstico fué contundente. Había una herida que llegaba hasta el corazón, cortando la aorta. Se halló en el torso un fragmento de metal, proveniente a todas luces de una daga, y había una fuerte probabilidad de que la víctima hubiera sido golpeada violentamente, y luego muerta, estando ya insensible. La parte inferior del cuerpo había estado protegida del fuego por el estante mismo, escapando de la destrucción; se hallaron fragmentos de una camisa verde y blanco, marcados con las iniciales de Torref.

La esposa de éste identificó la prenda como perteneciente a su esposo. Se le interrogó respecto a los dientes de su marido, manifestando que estaban en perfecto estado, salvo unos cuantos rellenos en los colmillos.

Los testimonios concordaban en todo punto. La viuda de Torref relató como había sufrido su marido una caída sobre ambos, fracturándose la tibia, y llevándose siempre una gran cicatriz en el codo izquierdo. Dichos fragmentos del cadáver habían sido evidentemente destruidos para imposibilitar una identificación completa.

La situación era humillante para la policía brasileña, pues no sólo se había cometido un delito con un diplomático extranjero, sino que la investigación había sido deficiente, y no se omitió esfuerzo alguno para echar el guante a Noronha cuya culpabilidad parecía evidente.

Pero un personaje, considerado sin importancia, no pareció participar de la opinión general. Este era el magistrado investigador, Joaquim Ferreria. Dedicó días y noches, al estudio del asunto, y a su tenacidad

se debe la solución del enigma en el empeño de redimir el honor de sus colegas de la policía.

Construido antes del sepelio, envió a un amigo suyo, dentista de fama, a hacer un último exámen de las mandíbulas del finado, pero no se encontró nada que no hubiera sido ya descrito en las tres autopsias anteriores. Los funerales fueron impresionantes. El presidente de la república envió a uno de sus ayudantes, concurriendo además todos el cuerpo diplomático. Hubo discursos, y cánticos. El gabinete brasileño fué convocado en sesión especial, concediéndose a la viuda una indemnización de cinco mil contos.

Pero Ferreria persistía en su escepticismo. Mientras todo Rio enterraba a Torref, discutía aquel con su amigo el dentista un descubrimiento curioso. Al ser interrogada la viuda, los galones memorados por el Ministro, Ferreria, pidió un intérprete quien usó la palabra "dientes," en vez de dentadura. Pero en portugués, dientes significan, al igual que en español, solamente los de la parte anterior de las mandíbulas.

La señora de Torref, había pues dicho la verdad, al referirse a los dientes de su esposo, pues no se le había preguntado nada respecto a sus muelas, acerca de la cuales no había estado en condiciones de hablar. En esta simple diferencia de nombre, estaba la solución del misterio. Siguiendo las indicaciones de Ferreria, el dentista pidió a la dama una descripción de la dentadura del desaparecido. Replicó que varias de las muelas faltaban, dando la dirección del dentista que lo había atendido, el cual, éste, certificó sin vacilación que había examinado los restos de las mandíbulas de Torref, pocos meses antes.

Habiéndose encontrado en el cadáver una dentadura completa, salvo unas picaduras en la cordial superior derecha, el cuerpo no era por lo tanto el de Torref, saltando a la vista que la víctima no era otro sino el infeliz Noronha, confirmándose la hipótesis al saberse, según testimonio de la esposa, que el difunto Noronha tenía la dentadura intacta.

Se trajo a calación la mirrada semejanza física entre Torref y Noronha, y el día siguiente del entierro, la prensa de la mañana publicó el hallazgo del tenaz magistrado.

Atando cabos, recordaron el Ministro y su Secretario que al llegar a la oficina de la Legación, habían encontrado el piso recién lavado. También vieron que Torref no llevaba sus gafas acostumbradas, sospechándose que durante su estancia allí, yacía el cadáver de Noronha en el aposento de los archivos.

Las autoridades prosiguieron inmediatamente en la nueva pista. El cuerpo sepultado con tanta pompa, fué extraído de nuevo, para un nuevo exámen. Un estudio microscópico de la piel, probó que pertenecía a un latido menor, y no a un adulto recién. Se dió el alarmo en todo el país, para la aprensión de Torref.

El mismo día, llegó un informe del jefe de la policía de San Luis, pequeña villa cerca de la frontera paraguaya, manifestando haberse presentado un viajero declarando que en el mismo vagón de ferrocarril había viajado con él un individuo sospechoso. Se había enviado a un inspector a investigar, y este encontró al sospechoso, quien le había mostrado un pasaporte en toda regla, llevando el nombre de Fermín dos Reis, autorizado para partir de

Continúa en la página 6.

TU SONRISA CLARA

POR JULIO SUPERVIELLE

Donde te pasan tus días,
donde se posan tus manos
de ti queda algo sutil,
índefinible y alado . . .
Amo lo que tocas, como
si un poco de ti guardara;
por donde has cruzado, veo
brillar tu sonrisa clara . . .
Está allí, sobre el baldío,
donde has vivido un ensueño,
y en las sombras del camino
que agreste nuestro paseo.
Tú dejas por todas partes
casi imperceptible estela,
que es tan sólo para mí
una claridad eterna . . .

Ora, admiro una acilud
hermosa como un misterio;
ora, observa una mirada
de tus vastos ojos negros;
ya una señal, ya las flores
que cortarás en silencio
ya tu silueta impresca
en la bruma del recuerdo . . .
Donde tu paso se fija,
donde se posan tus manos,
de ti queda algo sutil,
índefinible y alado . . .

Desde Siempre

Por B. González Arrili

LA mañana de la partida, ya en marcha para el puerto, se vieron en el vestíbulo del hotel. Era una mujer menudita y de poca estatura, envuelta, con aire perfecto, en un sencillo abrigo de paño azul. El venía de Europa y había quedado allí dos semanas con intención de realizar el viaje por etapas, fragmentándolo, para hacerlo menos fastidioso...

Y se volvieron a encontrar en el buque, inesperadamente, cuando uno y otro parecían haber olvidado ya el fugitivo instante del vestíbulo del hotel, entre porteros galoneados como almirantes y baúles y valijas, agrupados por dieciséis, como en remate de tabaherías.

Sonrieron, en el repetido encuentro, una salutación de viejos conocidos. El creía ya haberla visto mucho, no sabía—ni le importaba—dónde. Ella, también. Y no era, en realidad, más que la segunda vez que se veían, así, rapidísimamente...

II.

No volvieron a encontrarse, a bordo, hasta el otro día. Terminaba la comida y, en la noche—negro el cielo, negro el mar,—oíase difusamente un salutar de orquesta.

El saludo fue espontáneo y sencillo, no como presentación de dos nuevos conocidos, sino como de amigos que hace un par de horas no más separáronse. Y hablaron en español, sin títulos, desde la palabra primera, olvidado él de su francés circunstancial de viajero, y ella de su inglés de ocasión...

III

Ella era así como la viera en el vestíbulo del hotel, menudita y de poca estatura. Tenía unas manos, pequeñas y finas. Y un semblante muy blanco, lleno, con una barbilla redonda, ligeramente partida en hoyo al sonreír. Y unos ojos grandes, oscuros, abiertos en admiración, a cada rato, para agrandar su hermosura y hacer perfecto el medio arco de las cejas y prolongar hacia arriba las bellísimas pestañas. Y una voz suave, y un reír de alegría sana, y un sonreír de comprensión, de inteligencia. Ella era así, como la viera en el vestíbulo del hotel, femenina, femenina en contraste con las mujeres de su edad halladas durante el viaje en hoteles y apedaceros.

IV

En la dársena. El buque se fue armando lentamente, de estribo, hacia el apéndice de cabezas bajo el solazo del mediodía.

Ella estaba a su lado. Un instante antes se encontraron, junto a la barandilla, ella estirando su cabecita y su mirada para encontrar lo que buscaba; él, por sólo ver aquella gente que iba a esperar viajeros, acaso para ilusionarse y creer que a él también le esperaba alguien en el puerto para abrazarle en el gozo de la bienvenida.

Hasta que no se inmovilizó la nave, atracada ya, no vio ella la cara que buscaba. Alzó entonces su mano enguantada, chiquita:

—Aquí... Aquí... —gritaba, y su vocería se perdía entre el millar de voces, como estaba perdida ella misma entre los que se juntaban en la barandilla.

Por fin, un hombre la vio. Alzaba repetidas veces un sombrero de paja y gritaba su saludo sin que se le entendiera lo que decía, hasta que un remolino de impacientes lo eclipsó durante minutos.

Ella le dijo entonces a él: —¿Ve usted? Ese es mi marido. El la miró. Ella parecía preguntarle, con la dulzura—como nunca dulce—de su mirar:

—¿Qué le parece?

—¿Pero, muy bien! Volvió a aparecer, saludando, el marido. La hora, el sol, y el gentío, lo sofocaban. Estaba con el sombrero de paja en la mano. Era un hombre de baja estatura, regordete, bien trajado, con una brillante cadena que le cortaba el abdomen en dos, con un semblante coloradito, y calvo...

—¿Pero, muy bien! —tornó a decir él, por decir algo, y la miró a ella. Ella estaba, ahora, formulando preguntas a su marido. Eran preguntas familiares, interés por la salud de uno, de otro. El marido le respondía a gritos y a gestos. Después añadió:

—Baja pronto, si puedes... por que no dejan subir...

—Sí, sí... —respondió ella, y se separó de la barandilla.

Ya en el pasillo, entre el revuelo y los empujones del pasaje, se saludaron ella y él. Fueron unas cuantas palabras vulgares, y un apretón de manos cordial. Y se perdió ella entre todos, tras un camarero y unas valijas.

V

El estaba, sin apuro por desembarcar, en una butaca del saloncito, apurando cigarrillos, el ánimo caído y triste. Tenía una sensación de apenamiento íntimo, como el que aplasta, en pesimismo irremediable, la noticia de la muerte de un ser muy querido que ha ocurrido hace ya meses. Una pena así, mezcla de pérdida y de días pasados, muerte y distancia, trozos de vía intrasmitible, fragmentos de males sin remedio.

No había sido sorpresa. El sabía ya—habíasele dicho ella misma—que era casada y que estaba su marido esperándola para seguir juntos hasta no recordarla qué lugar en qué provincia. Sorpresa no había sido, sólo que, oyéndola hablar de su marido no pudo imaginarse la figura humana de éste, no se le había representado como un ser de carne y hueso sino como un simple fantasma interpuesto en la conversación. Y sólo al verlo creyó en él y en su existencia...

Tenía el ánimo caído y triste. —¡Imposible! —decíase. —¡No!

—¡No!... Abrigaba un "yo" flamante, en su interior, que se empeñaba en negarle la realidad dura, endurecida hasta doler.

—¡Imposible! —repetía. —Y él, procurando serenarse, quemándose ya la lengua con el humo del cigarrillo acalado, decía al "otro":

—Sí... sí, si ella ya había dicho que era casada; sólo que...

—Claro—interrompíale el del interior,—claro que no le creías, por imposible, porque, ¿cómo va a ser eso su marido, si esa mujer era tuya!

—Sí—afirmaba él,—era mía, ha sido siempre mía...

Las ideas saltaban, se confundían, chocaban en el cerebro en endemio-nada zarabanda. Encendió otro cigarrillo. Homo... Quiso llamar a un camarero para pedirle de beber. No vio a ninguno. Estaba él solo en el salón, apartado del estruendo y del ir y venir febril del pasaje.

—Porque tú podrías jurar—volvió a decirle el "otro"—ante el más severo y el más justo de los jueces que esa mujer...

El se revolvió en la butaca, acabló las piernas, enérgico, y afirmó a media voz, como para que lo oyeran solamente los muebles del salón:

—Sí; esa mujer ha sido mía y es

mía... Cuando?—preguntó el otro. —El emudeció un instante. En seguida contestó:

—Materialmente, nunca... Espiritualmente, siempre...

—¿Dónde?—volvió a inquirir, un minuto después, el otro.

—¿Dónde?—repetió él, como para entender mejor la pregunta.—Dónde, no sé ahora con exactitud...

... en esta o en otra vía... ¡pero!... En ella. Un tercer "yo" surgió de su interior para decirle, ya en voz queda con la voz de los más profundos e intraducibles "diálogos":

—Tuya ha sido desde siempre y en todas partes... La llevabas en el alma hasta hace cinco días, exactos, en que encarnó preciosa, femenina, muy femenina, en aquella mujercita del vestíbulo del hotel... Y se fué contigo, o tú con ella, a bordo. Y ahora, aquí, en el puerto, teniendo a tu lado, tuya desde siempre, la dejas irse con ese... para siempre también...

El se puso de pie de un salto. Saló, tropezando con personas y cosas. Llegó hasta la barandilla. Miró a un lado y otro, buscándola. ¿Cómo iba a dejársela quitar, así, sin defenderla?... Trepó una escalera. Volvió a bajar. Se aproximó al portillo por donde descendían los pasajeros. Miraba... Miró a un lado y otro, buscándola, el calor, el aglomamiento de personas.

Un camarero le dijo:

—Señor... venga usted por aquí... Su equipaje...

—Sí... sí... ¡pero!... ¿? ... la señora del número 104? ...

—La señora del?... ¡Ah!...

(Continúa en la página 6)



El Aeroplano como Ar

A pesar de los tratados y pactos pacíficos, todas las na



Un ataque aéreo.

UNA enorme sombra pasa a miles de metros de altura, dejando caer proyectiles cargados de mortíferos gases, que al esparcirse en el aire matan a todo ser viviente. Legiones de aviones de caza, armados de cañones y ametralladoras, destinadas a derribar a las naves contrarias, librando combates desesperados lejos de la vista de los miserables mortales. Tales son las visiones de los conflictos del mañana, que los expertos aviadores entrevén como una realidad, confirmando los adelantos gigantescos logrados en esa rama del saber humano, desde la firma del armisticio que suspendió las hostilidades en Noviembre de 1918.

El aeroplano que está sirviendo pacíficamente al desarrollo de los transportes de pasajeros, carga y correspondencia, en todo el orbe, forma hoy el alma de los ejércitos. La táctica militar, a pesar de su primitiva resistencia en admitir la verdad, ha sufrido una transformación completa. La victoria en las batallas del futuro, será del que posea dos elementos desconocidos de los grandes capitanes hasta principios del siglo: el aeroplano y el gas asfixiante.

Ambos parecen combinarse en una fraternal hermandad para infundir pavor, y los cinicos afirman que las terribles posibilidades de los conflictos, y la destrucción en masa de los combatientes y no combatientes por igual, son los

únicos frenos puestos hoy a los planes de expansión de las grandes potencias coloniales y a las rivalidades fronterizas y comerciales.

Ante los progresos de hoy, las proezas de los aviadores durante la guerra mundial de 1914, parecen en realidad juegos de niños. Los aparatos mismos han sufrido tal transformación que pueden a duras penas reconocerse. A los aviones Spad, Nieuport y Taube, de un solo motor, y de un radio de acción máximo de cuatro a quinientos kilómetros, han sucedido los maravillosos aviones modernos, dotados de tres a cinco motores, que pueden permanecer en el aire mas de seis mil kilómetros llevando una numerosa tripulación.

Tales progresos en la aviación comercial derivan naturalmente de la protección originalmente dada por los gobiernos a las grandes fabricas constructoras de aeroplanos, pero hoy ha llegado la aeronautica al punto donde el creciente favor del público hace que las lineas regulares de transporte pueden sostenerse solas y aportar pingües ganancias a los empresarios.

El perfeccionamiento de los motores, unido a la mayor capacidad de los depósitos de combustible que puede llevar un avión, ha borrado en realidad muchas fronteras. En 1914, se comentaba largamente cualquier incursión de los aviones beligerantes sobre las ciudades ene-



Tipo de avión.

micas, pero en realidad no pasaban estas nunca de las ciudades de la zona de combate. Durante los cuatro años del conflicto, no llegó nunca ningún aviador aliado sobre Berlín, ni las ciudades importantes del interior de Alemania; al haber experimentado en la practica los horrores de los bombardeos con explosivos cargados de gases asfixiantes, opinan algunos criticos que los gobiernos se habrian visto obligados por las poblaciones civiles a hacer la paz.

Los famosos "raids" de los seplines germanos sobre In-



Como Arma de Combate

eficaces, todas las naciones aumentan sus flotas aéreas

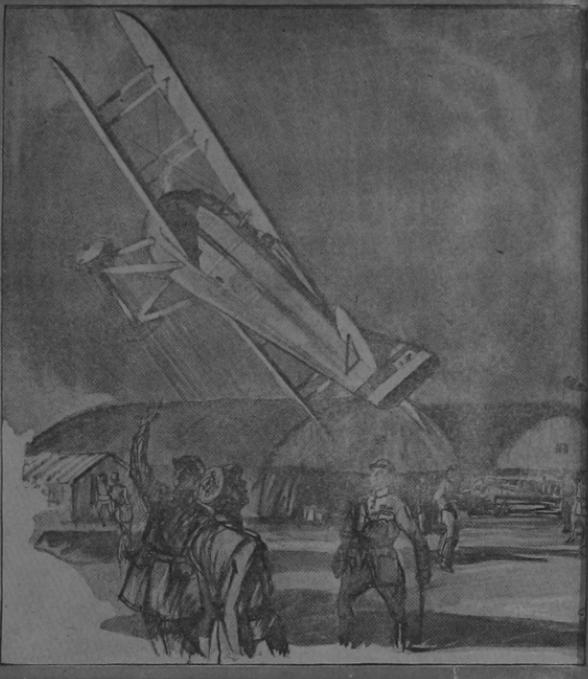


Dibujo de Eric Pape



Inglaterra y Francia causaron en cierto algunos estragos materiales, pero de escasa importancia, y no ejercieron influencia alguna en el conflicto. El enorme costo de los zeplines, su vulnerabilidad, visibilidad y dificultad de maniobra subsisten hoy como obstáculos insuperados, mientras que la centuplicada agilidad y potencia del avión de combate lo designan como un enemigo todavía más temible para el dirigible de lo que era antaño.

El valor del avión como instrumento de reconocimiento quedó demostrado en la recién



El vuelo hacia la muerte.

pasada revuelta mexicana. Los aeroplanos federales tuvieron constantemente al tanto al Estado Mayor de los movimientos contrarios, pudiendo seguirse hora por hora la concentración de los rebeldes, previniendo sus planes y desbaratando sus combinaciones.

Uno de los fenómenos de la aeronáutica moderna es el hecho de que los pilotos no son forzadamente ya mozalbetes de dieciocho a veinte años, sino que los héroes de las hazañas más notables realizadas últimamente frisan en los cuarenta años. La edad no es pues un obstáculo para dominar el aire; algunos profesores encuentran en sus alumnos ya pasados de la primera juventud, mayores cualidades, más estabilidad y sangre fría, que en el impulsivismo de los primeros años.

En Europa, Estados Unidos y Argentina el aprendizaje de la aviación está ya al alcance de las fortunas más moderadas. Hay centenares de aerodromos civiles donde los futuros pilotos pueden adquirir la maestría necesaria a lanzarse en el aire por su cuenta, pero todos están naturalmente bajo el control de las autoridades, que exigen del aprendiz un examen, antes de otorgarle su licencia de piloto profesional.

Logrado esto, puede el hombre-pájaro adoptar el aire como su nuevo campo de acción, ya

sea solicitando trabajo en alguna de las grandes compañías de trasportes aéreos, ya sea actuando como profesor en aerodromos establecidos, o bien comprando un aeroplano, para dedicarse a transportar pasajeros por su cuenta. Se repite en suma, la evolución del automovilismo, ocupando el aviador el puesto del chauffeur.

No faltan tampoco las personas acostumbradas que emplean aeroplanos como medio de locomoción. La gira del Conde y Condesa de Sibours, alrededor del mundo, en un frágil aparato dotado de un motor de cincuenta caballos, y sin la menor preparación en cuanto a partes de repuesto o combustible; ha abierto los ojos a muchos aficionados sobre las posibilidades del aeroplano, y a su economía sobre los demás medios de transporte. Al ser interrogados los atrevidos viajeros, demostraron en efecto que el costo de su excursión había sido 50% más barato que si hubieran viajado en ferrocarril o automóvil.

Las grandes distancias entre los continentes fueron cruzadas naturalmente en trasatlánticos, pero de Londres a Tokio, y luego de San Francisco a Quebec, donde tomaron pasaje para Inglaterra, los excursionistas no emplearon otro medio de locomoción que su aeroplano, en el

(Continúa en la página 6)

(Viene de la página 2.)

viaje a la Argentina. Pareciedo todo en regla, el inspector lo dejó proseguir sin tropiezo.

Pero al llegar las nuevas del asesinato de Noronha, el diligente prefecto telegrafó a Rio, pidiendo una descripción de Toreff. En la capital, se procedía simultáneamente a investigar la identidad de Fernin Dos Rios, descubriéndose que tal pasaporte había sido extendido a petición de Toreff, varias semanas antes, dando este las señas de un su-puesto hermano político suyo.

Mientras se acumulaban las pruebas contra Toreff, buscaba el Ministro el motivo que lo impulsara al crimen, no tardando en encontrarlo. Al examinar las cuentas de la Legación, se encontró que faltaban ochenta mil rublos. Y al penetrar en la vida privada de Toreff, se obtuvo otro dato importante. En vez del

hombre de hogar, del padre modelo, había llevado una doble vida, pasando sus noches en casas sospechosas.

Una de sus amantes había recibido cartas frecuentes, en las cuales la letra era idéntica a la de las amenazadoras epístolas recibidas durante dos años en la Legación.

Todo esto formó la cadena de evidencia incontestable contra Toreff. Había preparado el ambiente para su desaparición de manera tan sagaz, que una vez encontrado un cuerpo nadie dudaría de que era él. Se dio una alarma general, y tres días después, a dos kilómetros de la frontera paraguaya, fué detenido Toreff sin oponer resistencia.

Los preparativos del juicio tomaron seis meses, y al fin fué condenado el reo a muerte. El crimen perfecto había fracasado, . . . por cinco nuelas.

EL AEROPLANO COMO ARMA DE COMBATE

(Viene de la página 5)

cuál llevaban su equipaje. Ignorando en gran parte el mecanismo del motor, iban recibiendo por cable las instrucciones necesarias de los constructores, empleando la ayuda local de los mecánicos de ocasión encontrados a su paso.

Durante su vuelo por China, trataron varios grupos de revolucionarios de enlistar sus servicios, llegando hasta ponerles dificultades para proseguir su marcha, pero merced a unas cuantas negociaciones y arromesas de interés a otros aviadores en la parte de las facciones que se disputan el mando en el ex-

Celeste Imperio, obtuvieron permiso para proseguir su gira.

Todavía hay como se ve, posibilidades para experimentar las rudas sensaciones de la guerra aérea. Hoy por hoy, el horizonte de la civilización occidental parece pacífico, y los aviadores militares tienen que limitar sus actividades a las maniobras y ejercicios permitidos en tiempo de paz, pero un creciente grupo de caballeros de fortuna, remedando a los soldados aventureros de ayer, vuelve las alas hacia el Oriente donde la crisis de la evolución china, no parece disminuir en intensidad.

DESDE SIEMPRE

(Viene de la página 3)

ño sé . . . creo que ya bajó. Sí, ¡, ya bajó . . .

El sintió que los nervios aflajaban, laxos: "Sí, sí, ya bajó" . . .

Sonrió. Pero que cosas se le ocurrían! ¡Mire usted qué . . .

¡Pobre muchacha! . . . Pues, claro, ¡ se fué con su marido . . .

Y se marchó él detrás del camarero hasta donde se hacían las talijas y cajas de su equipaje.

"Sí, sí, . . . ya bajó" . . .

VI

Al salir de la aduana, ya en el auto, rumbo a otro hotel, volvió a ser su ánimo en dolor y en tristeza. Era una sensación de pérdida irremediable . . . El, que venía de recorrer medio mundo acompañado por su soledad, estaba, ahora, seguro de haberse quedado solo de verdad. Le habían despojado en el puerto, al llegar, como a un torpe inmigrante que desvalija cualquier cunetera. . . No . . . ¡Inhabile abandonado ella misma para marcharse con aquel hombre rígorde, coloradito, calvo, que estaba allí esperándole, apantallándose

con un sombrero de paja . . .

Una tristeza profunda le hundió el alma y el cuerpo. ¡Ya achicándose en el asiento del coche, estrañando los pies, encurruándose . . .

Era una pena así, honda, que se lineaba en las carnes, y un algo de lágrimas que se anunciaban . . .

"La llevabas en el alma hasta hace cinco días, en que encarnó, precisa, en aquella mujercita del vestíbulo del hotel . . . Y como un tonto te las dejás quitar en el puerto, así sin defenderlas" . . .

"¡Ah, sin defenderlas! La pena se agrandaba con la confesión de aquel pecado imponderable.

El auto corría ya por la avenida, barnizada de sol. Saltaban ante su vista bocacalles conocidas, carteles anunciadores amigos. Se cruzó un tranvía. El 17. Barracas, pensó. . . Calle Montes de Oca arriba . . . Otro pensamiento surgía, y se aplastó. Tomó la figura de ella, menudita, envuelta en un abrigo de paño azul. Y sus ojos, grandes, oscuros, abiertos en admiración a cada rato, para agrandar su hermosura . . .

El director del museo de Paris ha recibido de manos de la ex reina Amelia de Portugal, compléxose así un mandato testamentario, la colección legada al nombrado establecimiento por el hermano de la destronada soberana portuguesa; el duque Felipe de Orleans, quien fué el último representante de la casa de Francia, después de la muerte del conde de Paris. El príncipe Felipe nació en el año 1869 en Twickham, habiéndolo llevado su padre a la Ciudad Luz, a la caída del Imperio, con el objeto de que en aquel lugar recibiera su educación. Tuvo que refugiarse, posteriormente, en Inglaterra, y después en Bélgica, cuando se promulgó la ley del 23 de junio de 1888, por medio de la cual se prohibía permanecer en territorio galo a todos los jefes de familias que hubieran reinado en Francia y a sus herederos directos. Habiendo llegado a la edad de la conscripción en Francia, Felipe se presentó, el 7 de febrero de 1890, en la oficina de reclutamiento militar del Sena, en donde fué arrestado, condenándosele a pasar dos años en la prisión de Clairvaux. Gracias a un indulto de fecha 4 de junio del mismo año, se le puso en libertad, con la condición de que saliera de su país.

La pasión dominante del último nieto de Luis Felipe fué la caza. "No solamente, — nos dice el doctor Recamier, — era un buen tirador, sino un ajeador magnífico. La caza no constituía para él el simple método de un ejercicio de tiro; "casaba" como un naturalista para estudiar los costumbres de los animales salvajes, conocer los árboles, y, en fin la vida de los campos y los bosques".

Todo lo contrario de su primo, — el príncipe Enrique, que se ocupaba de explorar el Asia Central y a quien su expedición con Bonvalot valió la gran medalla de oro de la Sociedad de Geografía, — el duque de Orleans desdiciaba algo la exploración. Sin embargo, durante una de sus campañas árticas claró la ban-

dera francesa en las islas de la costa noreste de la Groenlandia, cuyo descubrimiento provocó una expedición dinamárgica que adelantó mucho en el conocimiento de aquellas regiones.

Después de un primer viaje a la India, en 1887, visitó sucesivamente los diferentes países de Europa, América y África, las latitudes polares y otros puntos interesantes para sus estudios, juntando una magnífica colección de mamíferos y pájaros que compraba cuando no tenía la oportunidad de matarlos él mismo.

La colección de que nos ocupamos se hallaban en un anexo del Manoir d'Anjou, castillo situado cerca de Bruselas. Antes de haber intentado transportar la colección a Paris, tal como se encontraba, se tuvo en cuenta los gastos que originaría, ya que la fortuna del príncipe era relativamente pequeña, — según los diarios ingleses, — los que la hacen ascender a 150,000 libras esterlinas. De ese legado universal a cargo de su hermana, había que descontar una renta de 6000 a favor de la señora Jarrot, amiga de su infancia, la que renunció a la herencia con la condición de que se utilizara la parte que le correspondía en el arreglo de las colecciones en el Museo de Paris. Así fué cómo pudo hacerse frente a los gastos que demandó la situación.

VEJEZ

tranquila, apacible, libre de achaques se asegura mejor fortificando el organismo frecuentemente con elementos nutritivos de fácil digestión. Para esto se recomienda mucho la

Emulsión
de Scott

DESPUES DEL EJERCICIO

Cuando todo el cuerpo está adolorido y cansado, basta una aplicación de Linimento de Sloan, sin frotar, para que los músculos recobren su flexibilidad y dejen de doler. Alivia rápida y eficazmente. Sométalo a la prueba.



LINIMENTO DE SLOAN
★ MATA DOLORES ★

INGLES EN LA LENGUA

Y dinero en el bolsillo, lo podrá tener todo el que pida inmediatamente interesantes informes sobre nuestro nuevo y fácil método. Este le enseñará inglés en su casa, en muy corto tiempo. Aproveche esta gran oportunidad y mándenos hoy su nombre y dirección.

EL INSTITUTO UNIVERSAL (D. 53) 1261 LEXINGTON AVE., NEW YORK.

París decreta los colores violentos

por LIANE DE RETZ



A la izquierda un traje de calle de seda verde pálido. A la derecha, un modelo de Jenny, de color anaranjado, y al centro un sencillo traje de crepón beige y café, presentado por Worth.

—Entre los materiales que se utilizan para adornar con bordados los vestidos de fantasía o de calle mismo, se ve reaparecer el soutache, que en los últimos años parecía algo olvidado. Con este adorno se pueden hacer muy interesantes combinaciones de estilo personal, interpretando motivos lineales de muy linda decoración.

Se emplean para este efecto hilos finos, o bien hilos metálicos que, según los tonos, darán efectos sorprendentes.

En donde la aplicación de estos bordados tiene mayor realce es, a manera de orlas, que se hacen más o menos anchas, superponiendo los motivos, adornando la parte baja de

las blusas, o los contornos de los abrigos de lana o de terciopelo. Es un adorno que si bien precisa una dedicación especial y esmerada, produce el efecto decorativo más interesante que se puede ambicionar.

Creo enteradas a mis amables lectoras de que no obstante el éxito tenido durante la última temporada por las telas estampadas, ellas seguirán usándose durante el invierno con igual interés.

Pero el vestido estampado ha cambiado de tela, como es natural. A los crepes flexibles y livianos se han sucedido los confortables terciopelos, del mismo estilo, pero de mayor intensidad y más confortables. El velours estampado aparece en la mayor parte de sus modernos tipos, sembrado de motitas y de florecitas, o bien rayado cuadrículado con filetes de uno o varios colores.

Si bien estos motivos han sido conocidos ya en las telas de verano, con los tejidos de invierno presentan un aspecto bien distinto, dando tonos más luminosos, y matizados por desvanecerse más suavemente los contornos de los dibujos sobre las superficies terciopeladas.

En la mayor parte de los velours estampados los motivos se destacan en claro sobre fondo obscuro; que suele ser azul marino, bruno, rojo o verde. Algunos tejidos estampados solamente por el revés, dando reflejos muy agradables solamente por transparencia. Son los efectos más novedosos de la temporada.

La muselina estampada sigue usándose para los vestidos de fiesta, en competencia con el moaré, el tafeta y la fava estampadas que también componen muy lindas toilettes de fantasía.

A las varias indicaciones útiles que ya he dado en esta página respecto de los abrigos de la presente estación, quiero añadir la particularidad de que para el sport y las excursiones o viajes, los manteaux tailleurs conservan todavía la línea estrictamente derecha, lo que no quiere decir por eso que sean estrechos. Los unos se amplifican mediante un amplio cruce; otros, por medio de pliegues en la espalda o en el bajo; y también algunos mediante ciertos cortes de hies bajo los brazos; en fin, siempre afectando una amplitud que no destruya la línea derecha que es su característica. Los paños ingleses, llamados así aun cuando sean fabricados en otros países, son los que mejor convienen.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS

Mientras
bas contra T
tro el moti
crimen, no
Al exami
ción, se er
ta mil res
vida priv
otro dat



— ¿Cómo me siguen hoy los pollos? —
— Pollos, dices? Será por los granos.



ENTRE SABIOS

— Anoche intenté hablar con Marte pero únicamente el un concierto yo transmitían desde la Luna.

— Le gustaría a usted mucho La música de Luna es muy bonita

(De Gutiérrez, Madrid).



El suavo rico. — Como la encuentro un poco amica, al darle la mano de aceite no se olvide de que sea de hígado de bacalao

(De La Nación, Madrid)



— ¡Ahora sí que nos hemos fastidiado! No me acuerdo cómo se da marcha atrás.



— La novela que usted me vendió es bastante estúpida. Al final se casan los que estaban enamorados.



El joven. — No comprendo por qué no se ha de permitir a un ciudadano tener todas las mujeres que quiera.

El señor de edad. — Cuando seas mayor comprenderás por qué la ley protege a los que no se saben proteger por sí mismos.

(De Sydney Bullerin)



— Ayer me dijeron que la mujer soporta el dolor físico mejor que el hombre.

— ¿Quién se lo dijo? (Su médico)

— No; mi zapatero.

(De Passing Show, Londres).



— Vengo a ofrecerme para el coro.

— Pues ha venido usted tarde.

— ¿Cómo tarde? El aviso dice de dos a cuatro, y son las tres y media.

— Le digo que llega tarde... Se ha retrasado lo menos quince años...

(De Gutiérrez, Madrid).



— Yo le pedí una docena de naranjas, y usted sólo me ha dado once.

— ¡Agradécamelo, señora! Es porque una de ellas estaba podrida, y preferí que usted no se la llevara.



LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

— ¿A dónde va, mi preciosa?

— Y usted, qué sueldo tiene?

— Cuatrocientos al mes.

— Entonces está demás su pregunta.